



<https://doi.org/10.53077/haal.v2i02.120>

Nathaniel Morris, *Soldiers, Saints and Shamans. Indigenous Communities and the Revolutionary State in Mexico's Gran Nayar, 1910-1940*. Tucson: The University of Arizona Press, 2020, 371 pp. ISBN-13: 978-0-8165-4102-7.

Si trabajos anteriores han ampliado nuestra comprensión del proceso revolucionario mexicano más allá de sus dicotomías más obvias y de la temporalidad 1910-1921, el libro de Nathaniel Morris complejiza y enriquece el análisis que aborda desde el Gran Nayar, una región habitada mayoritariamente por poblaciones náayarite (coras), wixaritari (huicholas), o'dam (tepehuanas del sur), mexicaneras, y algunas mestizas en el occidente de México. Con este libro, llena un vacío historiográfico pendiente y restituye el papel histórico que estas sociedades jugaron en uno de los grandes episodios mexicanos al sur de la Sierra Madre Occidental, región en la que la guerra se prolongó hasta la primera y segunda guerra cristera, a finales de la década 1930.

En su análisis, Morris procede con prudencia, sin dejarse tentar por una explicación que exalte los factores religiosos o culturales de los pueblos del Nayar –frecuentemente simplificados en la historiografía–, o se aboque sólo a los factores económicos y políticos de la problemática agraria. Después de todo, la alianza entre campesinos y sectores de la Iglesia no era un fenómeno nuevo en esta región, en la que no había grandes haciendas (excepto en sus colindancias), las misiones estaban prácticamente desocupadas y tampoco había parroquias. Y a pesar de las políticas agresivas que abrían los territorios indígenas a explotación durante el gobierno de Porfirio Díaz, los terrenos comunales habían sobrevivido a las reformas de desamortización gracias a una activa participación política y a un sistema de alianzas flexible y cambiante durante el siglo anterior. De manera fina y meticulosa, el autor complejiza el análisis, gracias a un conocimiento profundo cultivado a través de su trabajo de campo en todas estas comunidades y el recorrido por sus paisajes, el discernimiento de sus organizaciones políticas entrelazadas a la agricultura, la caza y el ritual, y en las que reconoce el carácter incluyente y menos dogmático de su religiosidad.

Su metodología enriquece el análisis al combinar fuentes históricas –destaca la riqueza del archivo de la Secretaría de Educación Pública–, con otras de diversa naturaleza como la literatura, la prensa y entrevistas realizadas en campo, de las que rescata rumores y memorias. Estas memorias ofrecen una visión alterna, un tanto incómoda y ambivalente, que desmitifica

algunas de las versiones más asentadas de la revolución campesina, la política social agrarista o la educación socialista. Mientras para algunos la revolución es recordada como una “época de oro – un tiempo sin mestizos, sin sacerdotes, en el que el maíz crecía bien y las cosechas eran buenas” (p. 59), para otros fue, “nada más que robos” (p.165, mi traducción del inglés).

Entre los recuerdos más persistentes figuran los relativos a la serie de jefes locales que con la ayuda de “fuerzas sobrenaturales”, lucharon por la recuperación de terrenos invadidos por familias mestizas, pero al poco tiempo cuestionaron la autoridad de los ancianos, del sistema de cargos y *el costumbre*. Esta es una de las principales contribuciones de esta obra: el relato construido a base de memorias y fragmentos que recuperan las trayectorias de “caciquillos” locales que llegaron a convertirse en “caudillos” regionales al acumular poderes forjados a través del robo de *santitos*, el abigeato y la usurpación de tierras, en una sucesión de vacíos de poder, la necesidad de defenderse contra las depredaciones y la confusión generalizada por la guerra prolongada. La perspectiva regional que desarrolla permite además comparar los procesos de constitución de los poderes caciquiles y sus dinámicas en el seno de las estructuras de poder indígenas que dan forma a cacicazgos regionales (caso náayari), cacicazgos locales (caso wixárika), y cacicazgos regionales cimentados en una serie de jefaturas locales (caso o’dam). Jóvenes bilingües, con etnicidades fluidas y habilidad para la guerra, sean *serranos*, *agraristas* o rebeldes *cristeros* según las facetas de esta guerra, son parte de aquellos actores a los que Morris llama los *cosmopolitas*, frente a chamanes, viejos y miembros activos en los sistemas de cargos y los ciclos rituales que vigilan el ejercicio del poder y llama *conservadores*. Esta fricción es una entre otras tantas que definen posicionamientos aparentemente contrapuestos, pero no tan distantes en cuanto defienden la autonomía política y territorial de sus respectivas comunidades.

En su exposición en 6 capítulos con introducción y epílogo, reconstruye cada fase del proceso revolucionario desde la perspectiva de cada uno de sus grupos étnicos, que articula a diversas escalas. La local e intracomunitaria destaca el modo en que las lealtades a estos líderes se fincan en disputas locales y no en la etnicidad o la ideología caciquil; a nivel interétnico y regional, da cuenta de alianzas coyunturales entre facciones progubernistas o rebeldes que atraviesan varias jurisdicciones municipales y estatales y dan cuenta de la geografía del poder caciquil; y a nivel regional-estatal articula las alianzas con la alta política en cada uno de los estados sin desatender las pugnas con el poder federal central y su impacto en las otras escalas. En el primer capítulo expone antecedentes historiográficos e históricos para situar las condiciones que imperan al momento del estallido revolucionario en 1910 que remonta hasta el periodo colonial para mostrar una serie de constantes entre las que podrían destacarse al menos dos: la histórica defensa de la autonomía territorial y política que hizo de esta región uno de los últimos baluartes de resistencia del poder colonial, y la sucesión de conflictos armados en los que los pueblos del Nayar participan con o en contra de los poderes que dan forma al Estado, desde una posición de autonomía. Los capítulos 2, 4 y 6 tratan el proceso revolucionario en sus distintas facetas, la “armada” entre 1910 y 1920, la guerra cristera entre 1920 y 1926 y la segunda guerra cristera –menos conocida en la historiografía– entre 1935 y 1940. El curso del conflicto en

occidente y su violencia creciente, son expuestos siguiendo las trayectorias de sus líderes, que en la primera etapa se posicionan como jefes legítimos a la cabeza de las defensas sociales en su alianza con las fuerzas carrancistas, y en las etapas subsecuentes, consolidan y extienden sus poderes conforme los efectos de las políticas agrarias, educativas y anticlericales de los primeros gobiernos revolucionarios se hacen sentir en la región, y conducen a las guerras cristeras.

Estas políticas que para el Estado pretendían la “transformación” de los pueblos indígenas como ciudadanos del nuevo estado revolucionario y para los líderes locales fueron la arena para negociar el apoyo gubernamental a favor de las demandas territoriales, son el objeto de los capítulos 3, 5 y también 6 (capítulo en el que los diversos procesos convergen). Se abordan, por un lado, las diversas facetas del agrarismo que culmina con la política corporativa del general Lázaro Cárdenas que impulsa el reconocimiento de tierras mediante los recursos de restitución y dotación; política que intensifica la confrontación al interior y entre comunidades, entre otras cosas, al negar la certeza “legal, moral y espiritual” de los pueblos en la posesión ancestral de sus territorios. Por otro lado, aborda el proceso de establecimiento de las primeras escuelas en la sierra en el marco de la federalización de la política educativa, a cargo de maestros “misioneros” y “ambulantes”, con pocos recursos y sin formación preparatoria, que en su mayoría aprovechan sus posiciones para el beneficio propio. Aquí Morris abre la discusión –pendiente y dolorosa– sobre las medidas coercitivas con las que las estrategias de *desindigeneización* del programa educativo fueron aplicadas a las primeras generaciones de niños y niñas indígenas en México.

Aunque en ocasiones la narrativa exige una lectura muy atenta para seguir con esmero las trayectorias, sucesiones y juegos de la política indígena a lo largo de las décadas que reconstruye, la argumentación es contundente y rompe de una vez por todas la posibilidad de una lectura esencialista y unívoca de lo indígena. Visto desde otro ángulo, el proceso que este libro también relata es el de un Estado que logra forjarse en una de sus más tenaces fronteras internas. Sin embargo, la victoria no fue total y entre sus fracasos figura la persistencia de una política que se funda en la negación de la histórica pertenencia de los territorios indígenas y se ciega ante el racismo institucionalizado. Esto tendrá un alto costo en el devenir de los territorios indígenas legitimados por el Estado post-revolucionario, cuya recuperación será objeto de todo el siglo XX.

Este libro invita a públicos muy diversos: interesados en movimiento sociales, historia de la educación, en los entrecruzamientos entre etnicidad, política y religión, en historia y antropología política y en el diálogo entre historia y memoria. Es un trabajo que discute el papel de la violencia en la construcción de los estados nacionales, una reflexión que responde a los desafíos y necesidades del tiempo presente en Latinoamérica, y más allá. Finalmente, el libro de Nathaniel Morris, cultiva una comprensión más dinámica y fluida de las identidades culturales y políticas de los pueblos del Nayar, una perspectiva renovadora para una región estudiada sobretudo por antropólogos y que había sido desatendida por los historiadores desde hace 20 años.

Regina Lira Larios*Universidad Nacional Autónoma de México*ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-9417-6901>